

**José María
Solé
Mariño**

El centenario de Atatürk



Mapa de Turquía. Situada estratégicamente en un punto de confluencia de continentes y mares, Turquía ha visto su desarrollo histórico determinado por los intereses y apetencias de sus vecinos.

“MUSTAFA Kemal fue un notable soldado-estadista de la primera mitad del siglo XX. Difirió de los dictadores de su tiempo en dos aspectos esenciales: su política exterior se basó no en la expansión, sino en la contracción de las fronteras; su política interior, en la fundación de un sistema político que pudiera sobrevivirle. Fue con este espíritu realista cómo reconstruyó a su país, transformando el viejo y desparramado Imperio Otomano en una compacta y nueva república de Turquía.” (Lord Kinross, 1964.)

La decadencia de un Imperio

A finales del siglo XIX la situación es caótica en todos los sectores del cuerpo del Imperio Otomano. Desde el momento en que los griegos han obtenido su independencia —en 1822— todas las demás nacionalidades sometidas al dominio turco comenzaron a imitar el ejemplo, agravando con ello los problemas estructurales, prácticamente insolubles, que aquejan al heterogéneo conjunto político descrito como “el hombre enfermo de Europa”.

El Imperio, entregado a continuas convulsiones internas y gobernado por camarillas corruptas e ineficaces, ya

no es dueño de su destino desde el momento en que su economía es administrada por las potencias occidentales, mientras todos sus recursos se encuentran en manos extranjeras. Los grandes Estados europeos contribuyen al debilitamiento, fomentando, además, las disidencias particularistas que cada vez cobran mayor auge. En el interior, el misero campesinado de Anatolia —la parte de la población específicamente turca— soporta la mayor proporción de las cargas tributarias; al mismo tiempo que los sectores medios y altos se encuentran ligados a las compañías extranjeras, que proceden a un verdadero saqueo de todos los recursos. La bancarrota del Estado ha conducido, en 1881, a la implanta-

ción de una administración internacional de la deuda pública otomana.

Los europeos, detentadores de los monopolios estatales por medio de concesiones, presionan sobre el sultán con la finalidad de favorecer un gradual aperturismo. Pero el sultán, residuo de tiempos pasados, gobierna caprichosamente a unos súbditos acostumbrados al terror estatal indiscriminado, ejercido a través de métodos ya incomprensibles en esa época. Las potencias están interesadas en mantener de cualquier forma la languideciente vida del Imperio; y todo intento por parte de alguna de ellas por darle el golpe definitivo vendrá a ser desbaratada por la acción de las demás. De esta forma, Rusia, siempre intere-

sada en la salida al Mediterráneo, tropezará repetidamente con una Inglaterra empeñada en mantener la comunicación directa con sus colonias asiáticas a través de un dócil Imperio Otomano. De forma que el expansionismo zarista, expresado en dos guerras contra Turquía desde mediados de siglo, no podrá realizarse de modo satisfactorio.

Mientras tanto, la realidad interior turca es dramática. La sociedad se encuentra muy lejos de haber accedido a una mínima modernización, y por ello no ofrece alternativas de transformación de tipo burgués. La industrialización es prácticamente una utopía no planteada siquiera; y el impuesto librecambismo ha venido a destruir incluso a la pequeña artesanía local de secular tradición. Es dentro de este ambiente de general decadencia y descomposición donde comienza a surgir el primer atisbo de un nacionalismo turco, similar a los que aparecen en los mismos momentos en otros lugares de Europa y Asia. Y es en estos mismos momentos cuando su país está entregado, atado de



Abdul Hamid II (1876-1909), tras anular la Constitución, gobernará despóticamente hasta caer bajo la presión de los elementos renovadores Jóvenes Turcos.

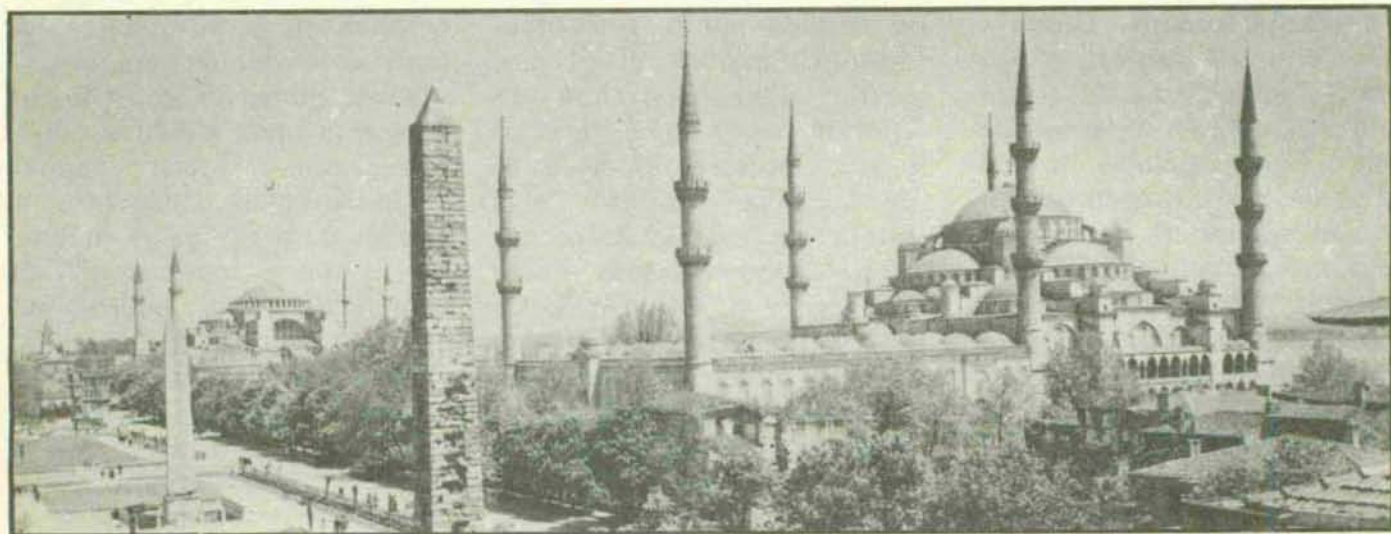
pies y manos, a los extranjeros, y cuando vive los momentos más bajos de su dilatada historia, cuando viene al mundo el que ha de crear, partiendo de la nada, una nueva patria para su pueblo al dotar de un sentido nacional a una comunidad que nunca lo había poseído.

Mustafá Kemal: Orígenes y evolución

Tal es la situación en los momentos en que nace Mus-

tafá Kemal en Salónica, en el mes de marzo de 1881 —hace ahora un siglo. La ciudad, situada hoy dentro del territorio griego, venía a representar un caso especial dentro del conjunto del carcomido Imperio. Puerto importante y activo, lugar de relación directa con las tendencias europeas en lo relativo a ideas y costumbres, era Salónica, además, centro natural del nacionalismo macedonio, encrespado contra la uniformizadora autoridad central del Estado. Dentro de este ambiente urbano, dominado por la doctrina mercantil de griegos y judíos, transcurren los primeros años de la vida del futuro **Padre de los turcos**. Es hijo de un pequeño funcionario de ascendencia campesina, que une a un espíritu tradicional y conservador unas posturas personales más liberales.

Mientras vive su padre, Mustafá acude a un colegio de mentalidad occidentalizante. Más tarde, a causa de la ruina familiar, marcha al campo durante una temporada. En la granja de unos parientes vive unos años dedicado a los trabajos rurales.



Panorama de Estambul. La basilica bizantina de Santa Sofía, hoy mezquita de Ahmet, domina la aglomeración urbana de la antigua Constantinopla.

Años que, para la mayor parte de sus biógrafos, constituirán la base en la formación de su carácter insociable, orgulloso y a menudo brutal. Más tarde, expulsado de la escuela, ingresa en la Academia militar de Monastir. Será allí donde se gane el sobrenombre de **Kemal** —El Perfecto— por parte de sus profesores. Destacando en matemáticas, que aportan una gran carga de lógica a su carácter, comienza su trayectoria vital en medio de un sofocante ambiente de postrimerías, que en esos años finales del siglo marca la tónica general en el Imperio.

En 1902 marcha por vez primera a Constantinopla, para graduarse de oficial. El joven militar observa a su alrededor a unas fuerzas armadas, antaño temidas en toda Europa, que se desenvuelven ahora en medio de las condiciones más manifiestamente miserables. Se han llegado a describir los últimos tiempos del Imperio Otomano como los de un país cubierto por una tupida red de espías, en el que nadie se siente seguro de su libertad, siempre a merced de las denuncias anónimas, en medio de una general apatía y el descontento de pequeñas minorías que no se atreven a expresar su oposición siquiera de forma velada.

Mustafá Kemal va accediendo a las ideas liberales y patrióticas que se desarrollan en el seno de un Ejército también descontento. Y participa activamente en una sociedad secreta nacionalista denominada **Vatan** —patria, en árabe. En este club revolucionario clandestino comienza una labor política que ya no abandonará jamás. Dentro de ese ambiente conspiratorio



Enver Bajá (1881-1922), líder del levantamiento militar producido en Salónica contra el sultán en 1908.

lee las obras clásicas del liberalismo europeo: Montesquieu, Voltaire, Rousseau, los enciclopedistas, Stuart Mill... Por sus artículos y poemas, publicados también en revistas clandestinas, es encarcelado y posteriormente enviado —en 1904— a un regimiento estacionado en Siria. Las continuas sublevaciones que se suceden en la zona convierten la vida de los militares allí destinados en un verdadero infierno. Aquí comienza Kemal su vida de conspirador que, amparándose en su uniforme militar, le lleva desde Palestina hasta Egipto y Grecia, para volver de nuevo a los Balcanes, siempre en efervescencia.

1908: La revolución de los "Jóvenes Turcos"

La proliferación de sociedades secretas es incontenible. Florecen sobre todo en las zonas más europeizadas del Imperio, como Macedonia. En 1891 se había formado la que destacaría enseguida de entre todas ellas, el **Comité de Unión y Progreso**, formado principalmente por oficiales de mentalidad liberal relacionados con los exiliados políticos con centro en París. Esta asociación, a la que por algún tiempo pertenecería Kemal, estaba inspirada por

principios progresistas con gran influencia masónica, como casi todos los movimientos similares de la Europa del siglo XIX. Una parte



Mustafá Kemal, joven oficial del Ejército otomano al mismo tiempo que movetizo conspirador contra el sistema imperial, que mantiene a su país en inimaginables niveles de retraso político, económico y social.



El sultán Mohamed V será —entre 1909 y 1918— una mera figura decorativa, amparando al gobierno efectivo del reformismo moderado de los Jóvenes Turcos.

importante de su financiación corria a cargo de los comerciantes griegos y judíos, deseosos de una liberalización del régimen que les permitiría una mayor expansión mercantil.

Los miembros de **Unión y Progreso**, núcleo de los futuros **Jóvenes Turcos**, exhiben un nacionalismo de fuertes tintes chovinistas, como reacción a la situación de dependencia que sufre el país, y de la que acusan al régimen del sultán. Y, como muchos movimientos liberales coetáneos, estas posiciones intelectualizantes guardan muy poca relación con la verdadera realidad del pueblo, que aparece completamente apartado de todo tipo de corrientes de pensamiento, inerte y embrutecido por el inmovilismo del régimen que fomenta la ignorancia en un país en el que el índice de analfabetismo alcanza al noventa y uno por ciento de la población. Será, pues, en las grandes ciudades de la costa, como Constantinopla, Salónica y Esmirna, donde fructifique minoritaria-

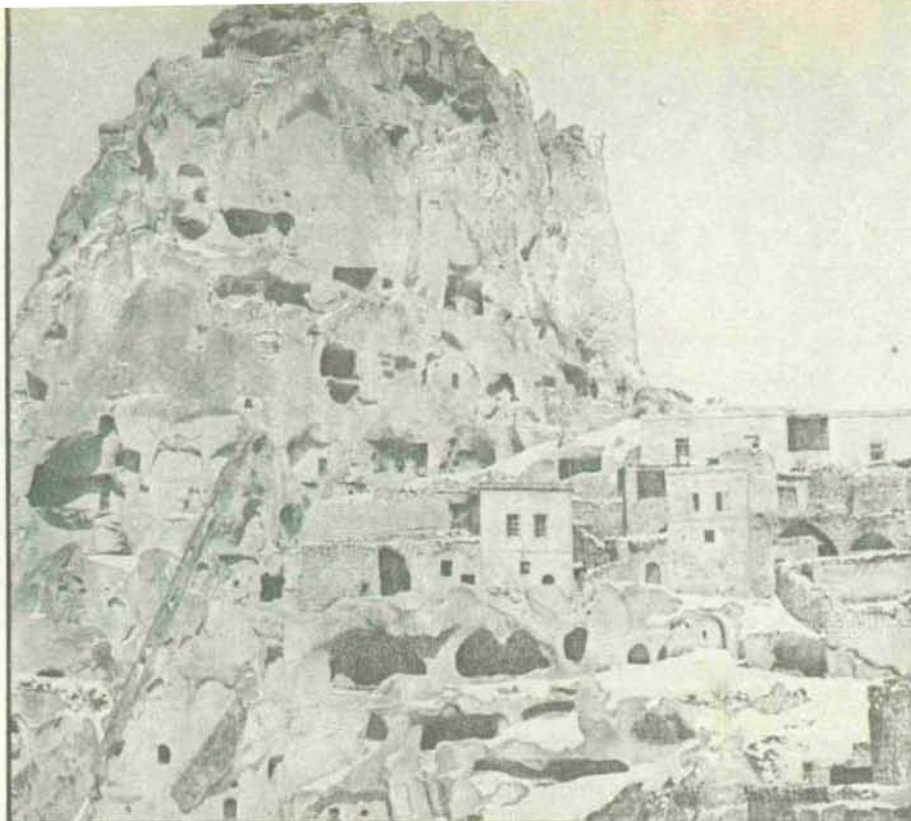
mente la idea de la libertad, y siempre prácticamente dentro de un mismo nivel social: la exigua clase media, de donde procede la mayor parte de los oficiales y estudiantes comprometidos.

Mustafá Kemal pertenece durante poco tiempo al movimiento liberal-nacionalista. Su carácter personal es incompatible con las reglas de la asociación y enseguida llega la ruptura. Por el momento, es solamente un oficial de ideas liberales que ni siquiera estará encuadrado en el grupo que, en el verano de 1908, tomará el poder en perjuicio de la clase política tradicional. A pesar de la tenaz vigilancia de la policía, el **Comité** conoce una rápida expansión. Sus ideas regeneracionistas, expresadas y difundidas con prudencia, le granjean nuevos seguidores, hasta el momento en que se siente con suficiente fuerza para intentar el cambio en la dirección política. Aprovechando la inestabilidad reinante debido a las insurrecciones cada vez más frecuentes, y que ahora tienen

por escenarios Albania, Arabia y la misma Macedonia, los **Jóvenes Turcos** hacen una llamada al sultán en julio de 1908, exigiendo la reposición de la derogada Constitución de 1876.

La natural agitación portuaria de Salónica había disimulado a los ojos de los vigilantes los preparativos de la insurrección. En realidad, las fuerzas con que cuentan los sublevados son muy exiguas, y la situación corre el riesgo de sufrir un vuelco negativo.

Pero el descontento de la población vendrá a aclarar definitivamente el momento a favor de los insurrectos. En su camino hacia la capital se van uniendo a ellos las fuerzas enviadas por el gobierno con el fin de sofocar la sedición. De esta forma, el triunvirato que encabeza la rebelión puede hacerse con el poder en Constantinopla, donde depone al sultán y le sustituye por uno de sus hermanos; y, finalmente, proclama la Constitución el día 24 de julio de 1908. Una nueva era parece abrirse ante el moribundo Imperio. Prácticamente todos los sectores sociales aprueban el cambio, al igual que los gobiernos europeos



Un aspecto de la región de Capadocia. Las duras tierras de la península de Anatolia serán escenario de la lucha por la reconquista de la identidad nacional turca.

que, con un régimen más firme y con una fachada más presentable que la del anterior, esperan poder seguir manteniendo su situación de privilegio.

El largo camino del guerrero: 1908-1919

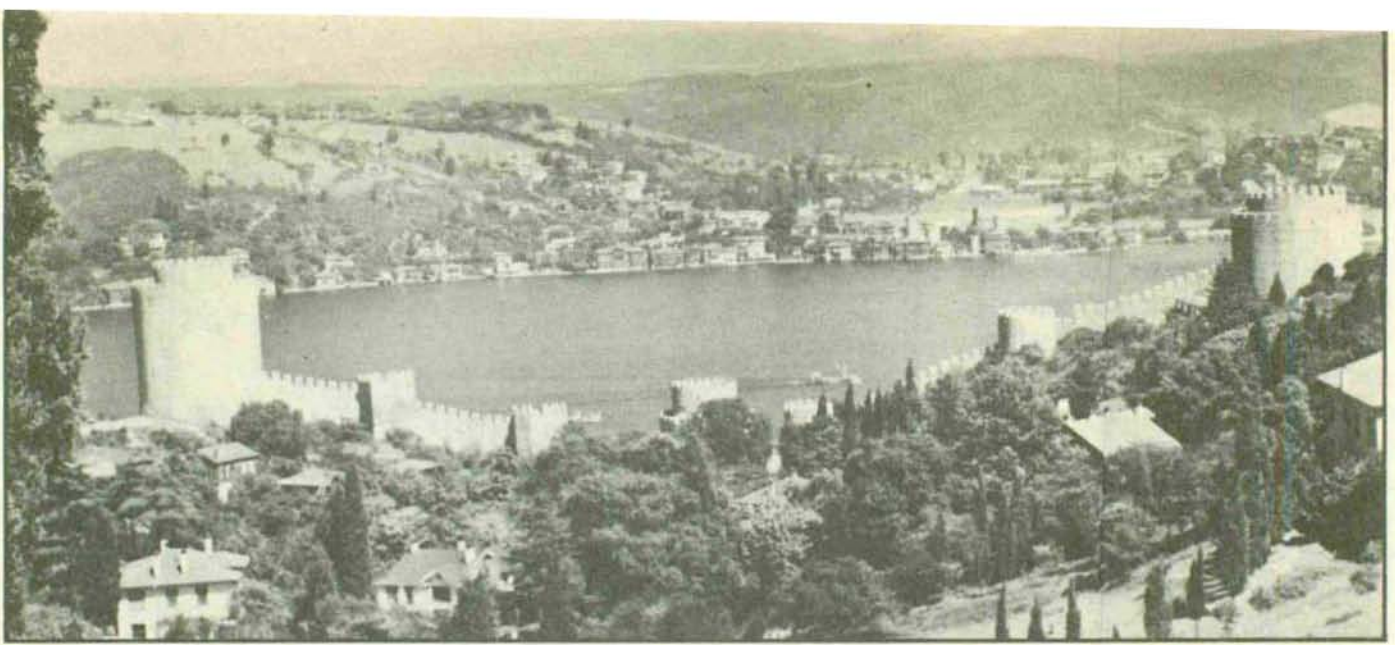
En el primer parlamento democrático, reunido en diciembre de 1908, comienzan

a hacerse evidentes las profundas divergencias que separan a los diferentes sectores del movimiento liberador, una vez superada la etapa clandestina y la euforia del triunfo. Sobre las posturas moderadas de los exiliados que han regresado van imponiéndose las actitudes estrechamente nacionalistas de los oficiales que no saben situarse de manera satisfactoria ante la grave realidad de un Imperio multinacional en descomposición. Y por ello acabarán cayendo en la misma cerrazón de que acusaban al anterior régimen.

Aprovechando esta coyuntura, mientras los sectores politizados se enfrentan en el parlamento, Bulgaria y Montenegro obtienen su independencia como Reinos, al tiempo que Albania es causa de creciente malestar. En los Balcanes, todo el armazón del Imperio se desmorona, golpeado, además, por los apetitos territoriales de Austria y Rusia. Se están terminando de poner las bases



Kemal, entregado al sueño durante una de sus campañas militares.



Visión del Bósforo desde las viejas murallas de Constantinopla. La ciudad perderá la capitalidad en beneficio de Ankara, símbolo para Kemal del carácter severo y recio del pueblo turco.

para las dos guerras balcánicas, que servirán de prólogo al gran incendio del verano de 1914.

Dentro del ámbito estrictamente turco, las grandes matanzas de armenios, propiciadas y permitidas por el gobierno, se unen a los intentos de sedición que sirven como telón de fondo a las disidencias que debilitan y desprestigian al grupo en el poder, cuyo equivocado programa de regeneración les enajena las voluntades de quienes en un principio les habían apoyado. Por su parte, Mustafá Kemal resulta persona no muy grata para los gobernantes, dirigidos por Enver Pachá. Es por esta causa destinado en esos años a puestos que no ofrecen la posibilidad del paso a la acción directa, tales como escuelas militares, mandos en regimientos provinciales o empleos burocráticos. Su figura comienza a aglutinar todo el descontento que entre los oficiales más liberales produce la nueva política. Y esta circunstancia hace de él un elemento especialmente sospechoso ante las autoridades **revolucionarias**.

Entre octubre de 1912 y agosto del siguiente año, tienen lugar las denominadas

Guerras balcánicas, que habían de enfrentar al Imperio Otomano con los nuevos Estados surgidos en zonas que muy poco tiempo antes estaban incluidas dentro de sus propios límites. Turquía va a perder la mayor parte de su territorio europeo en estos conflictos, en los cuales Mustafá Kemal toma parte muy activa, sin poder evitar, sin embargo, los sucesivos desastres que jalonan la participación de su país en ellos. Llegada una efímera paz, es destinado como agregado militar a Sofía. El gobierno de Constantinopla aleja de nuevo al peligroso personaje, y la capital búlgara parece ser un buen lugar para un dorado destierro.

Allí le sorprende el estallido de la Gran Guerra, en julio de 1914. El Imperio se enfrenta a ella en las peores condiciones internas. Los **Jóvenes Turcos** demuestran su verdadera condición. Quienes aparecían como partidarios del constitucionalismo y la modernización, se revelan como cerrados nacionalistas y opresores de las minorías. Una nueva oligarquía ha venido a sustituir simplemente a las personas, manteniendo prácticamente todo el entra-

mado básico del anterior régimen. La brutal represión de los disidentes, junto con la presencia de la misma policía del antiguo sultán, marcan el ambiente general del momento. Se suceden los intentos contrarrevolucionarios, financiados por las clases altas, que se consideran perjudicadas, y protagonizadas por todo tipo de asociaciones de fanáticos religiosos. En los momentos del asesinato de Sarajevo, ya nadie otorga el menor crédito a una supuesta **revolución** que había nacido entre tantas esperanzas.

Los años cruciales: 1919-1922

La fuerte influencia alemana existente dentro del Ejército y la sociedad otomanos coloca al Imperio al lado de las potencias centrales a la hora de las hostilidades. Mustafá Kemal, al mando de una división, obtiene importantes triunfos en los Dardanelos, pero el previsto derrumbamiento del Ejército no tarda en producirse. Tras cuatro años de lucha, el joven general obtiene grandes ascensos y el grado de **Bajá**. Ya está



El sultán Mohamed VI, último soberano del Imperio Otomano. Su fantasmal reinado se extenderá desde julio de 1918 hasta noviembre de 1922.



Abdul Mehid, mantenido durante tres años por el régimen republicano como califa, cabeza espiritual de la religión islámica. La supresión del Califato será otra de las medidas modernizadoras adoptadas por el sistema kemalista.

lanzado por el camino que le llevará a ocupar el más alto puesto de su país. Cuando se produce el armisticio, las amenazas aliadas acerca del futuro del Imperio otomano no hacen más que exacerbar las tendencias de Kemal y sus seguidores hacia una reforma radical que permitiese la resurrección de Turquía tras una reorganización del caótico conjunto del Imperio. Existía en esos momentos el riesgo cierto del paso de Turquía a una situación semicolonial por parte de los vencedores.

Grecia, por su parte, apoyada por la actitud personal de Lloyd George, comienza una política de intervención a base de desembarcos en la costa occidental de Turquía. La fácil demagogia desplegada por Venizelos tiende a una reconstrucción del mundo clásico griego alrededor del Egeo, lo que le proporciona

lógicamente el apoyo incondicional de sus compatriotas. Y será precisamente esa intervención vecina la que desencadene los primeros hechos tendentes al vuelco de la situación interior. Los nacionalistas turcos, desconfiando con razón del entendimiento que desde el armisticio une al gobierno con los aliados, se unen alrededor de la única figura que parece oponerse de forma efectiva a la entrega de su país: Mustafá Kemal.

Otra vez destinado a regiones alejadas ante el temor de un golpe de fuerza que su prestigio puede favorecer, Kemal organiza de forma práctica la oposición a la presencia aliada, que ya ha despojado al Imperio de algunas de sus provincias más extensas: Siria, Armenia, Mesopotamia... Septiembre de 1919 conoce la reunión del Congreso de Sivas, en el que Ke-

mal, presidente de un **Comité de salvación nacional**, estructura una administración paralela. Por esta vía, la insurrección camina hacia una incipiente constitucionalización que se logrará progresivamente. Desde estos primeros momentos está claro que el nuevo Estado se ceñirá estrictamente a las fronteras nacionales turcas. La ciudad anatólica de Angora es el centro del movimiento, que muy rápidamente va a extenderse por la gran península ante la inquietud de las autoridades de Constantinopla, apoyadas por las fuerzas aliadas estacionadas desde la firma del armisticio.

Como en 1908, muchas de las divisiones armadas enviadas contra los sublevados se unen a estos amenazando con provocar el vuelco definitivo en la situación. En el Parlamento de Constantino-

pla, los nacionalistas kemalistas obtienen una mayoría de los escaños, pero inmediatamente son declarados fuera de la ley, perseguidos y encarcelados por la policía estatal, que procede a la disolución de la Cámara. Al mismo tiempo —en marzo de 1920— las fuerzas británicas de guarnición ocupan los ministerios militares. Kemal y sus seguidores son condenados a muerte en rebeldía. Es la guerra civil abierta. Un mes más tarde, una **Gran Asamblea Nacional**, reunida en Angora, elige presidente —no sin oposición— a Mustafá Kemal. Es ya de forma indiscutible el dirigente del movimiento. En el aspecto bélico, se suceden los enfrentamientos entre los dos bandos, que pasarán a engrosar la leyenda del futuro padre de la patria.

En agosto de 1920, el gobierno turco firma el definitivo tratado de paz en Sèvres. Para los nacionalistas se trata más de una provocación y un desafío que un acuerdo. Por él, Turquía, además de cuantiosas pérdidas territoriales, entrega su economía y finanzas en manos de los extranjeros una vez más. Pero muy pronto, las divergencias entre los antiguos aliados se harán notar en lo referente a la cuestión turca, redundando, finalmente, en beneficio de los nacionalistas. La Rusia soviética, a pesar de hallarse sumida en su propia guerra civil, apoya decididamente a la causa de Kemal, aun conociendo la postura de éste con respecto a los comunistas turcos, a los que persigue y ejecuta.

También resultará decisivo el apoyo semiencubierto que Kemal recibe de Francia y de Italia, opuestas a la política

británica de intervención por medio del Ejército griego. De esta forma, en agosto de 1922, tiene lugar la tragedia final del conflicto. La ciudad de Esmirna, hasta entonces ocupada por los griegos, es asaltada e incendiada ante la vista de la escuadra británica situada en el puerto. Después de este acto decisivo, la guerra civil parece ya decidida a favor de los partidarios de Kemal, que ya dominan sin apenas oposición toda la península de Anatolia. La retirada de los contingentes aliados privará al gobierno de sus únicos apoyos frente al empuje nacionalista.

Aquel a quien Balfour había denominado “jefe de una partida de bandoleros”; el líder de los que para Curzon no eran más que unos “seres insolentes e intratables”, viene a ocasionar de forma indirecta la definitiva caída de Lloyd George, a quien los conservadores reprochan su irresponsabilidad al oponerse al movimiento nacionalista que ya se adivina triunfante. Para evitar nuevas pérdidas económicas y militares, se impone una vez más el sentido práctico inglés, lo que deja a Kemal con las manos libres para actuar. Dentro de Turquía, y jalonando los pasos finales del carismático jefe hacia el poder, las matanzas de griegos y armenios se suceden ininterrumpidamente, como reacción de los campesinos anatolios ante la nueva situación que se dibuja para el futuro, y que aparenta situarles en el lugar privilegiado dentro del Estado que se va a formar.

El día 5 de noviembre de 1922, Mustafá Kemal declara oficialmente abolido el Sultano y otorga fuerza de ley

suprema para todo el país a la Constitución aprobada por la Asamblea, todavía durante la guerra civil, en enero del año anterior. Con esta decisión cae una dinastía que había gobernado durante más de seis siglos, y que había conducido al Imperio desde el mayor esplendor hasta los niveles más bajos. El sultán huye, días más tarde, en un navío británico. Durante unos pocos meses, por voluntad de Kemal, se mantendrá la figura espiritual del califa, personificada en un familiar del derrocado sultán. No pasará mucho tiempo antes de que también esta figura anacrónica desaparezca barrida por los cambios que intentarán transformar la realidad de una Turquía, reducida territorialmente, pero por ello mucho más compacta y cohesionada. La salida de las fuerzas aliadas ha sido el paso previo para la proclamación de la República Turca, que tiene lugar el 29 de octubre de 1923. Mustafá Kemal es aclamado como su primer Presidente, y su lugarteniente Ismet será su primer ministro.

La Turquía de Kemal: El inicio de las reformas

Poco antes, en julio de 1923, Turquía había llegado en Lausana a un acuerdo con los aliados acerca de la revisión del tratado de Sèvres. Por este nuevo compromiso, que ya no tiene el carácter de una imposición, Turquía recupera el territorio europeo alrededor de Constantinopla, así como varias islas del Egeo. A cambio del abando-

no de los territorios habitados por poblaciones no turcas, la República obtiene la renuncia aliada a las indemnizaciones de guerra, pero le es impuesta la desmilitarización de los estrechos y la pérdida de Chipre. Tras los cambios de soberanía, tiene lugar el canje de poblaciones, que afecta a más de un millón de griegos y a cerca de medio millón de turcos. Las calamitosas condiciones en que se lleva a cabo este traspaso de seres humanos habrían de afectar sensiblemente a los europeos del momento, al ser relatadas por los testigos presenciales, entre los que cabe anotar al joven Ernest Hemingway, corresponsal de varios diarios norteamericanos en la destrozada Europa de la primera posguerra.

Tras el acto de Lausana, y afectando de modo personal al jefe de la nación turca, el país pierde definitivamente la ciudad de Salónica, su lugar de nacimiento, que pasa a integrarse en el territorio de la rival y vecina Grecia. Pero en

definitiva, Turquía, por el mismo sentido positivo del acuerdo de Lausana, nunca será un país resentido ni revisionista en contra de los vencedores, sino que vendrá a convertirse en un punto de estabilidad situado en el centro de una zona altamente conflictiva.

Las tareas de transformación que preconizaba Kemal son ya desde este momento emprendidas por todos los medios dentro de un país arruinado por la mala administración y depredación seculares, agravadas además por las sucesivas y destructoras guerras. Básicamente, Kemal intenta una vuelta espiritual hacia Asia, pero adoptando de forma práctica los adelantos y las reformas creadas e inspirados por Occidente. La secularización del país, sobre el cual la religión islámica —con todo su armazón mental y administrativo— había venido proyectando su sofocante presencia, será el paso inicial hacia la formación de la nueva Turquía. En

la consolidación de todas las reformas proyectadas, Kemal se preocupa por dotar al Estado por él creado de unas formas institucionales. Este interés se había venido demostrando a lo largo de la guerra civil, cuando decidía apoyar en la voluntad de sucesivas asambleas todos los actos conducentes a la toma del poder.

Poco antes de la proclamación de la República, Kemal había organizado un **Partido Popular Turco**, y ahora, éste pasaba a constituir la única formación política autorizada en el país. Esta versión turca de los partidos personalistas y únicos venía a ser la canteira de donde surgía toda la clase política y administrativa del Estado. Y al mismo tiempo, como lógica consecuencia, se convertiría rápidamente en un verdadero nido de corrupción y favoritismo, alrededor y dentro del cual pululaban todos aquellos que pretendían cargos, prebendas y ventajas dentro del sistema



Grabado sobre la guerra greco-turca de 1920-22. Amparada por las potencias aliadas, Grecia ocupa territorios turcos y pretende una intervención directa en los asuntos internos del derrotado país.

dictatorial, que ya por su propia naturaleza favorecía este tipo de ramificaciones adyacentes.

La **Asamblea Nacional**, formada en su totalidad por partidarios de Kemal, no dejaba de mostrar sin embargo la existencia de una cierta oposición interna, que a lo largo de los años fue haciéndose gradualmente más evidente. La pequeña ciudad de Angora —rebautizada ahora como Ankara—, situada en la fría y desolada meseta interior de Anatolia, es escogida por Kemal como sede definitiva del Gobierno y el Parlamento. En función de esta decisión, comienza en ella una gigantesca labor de saneamiento y construcción con la finalidad de acondicionarla a sus nuevas actividades. Esta elección de una ciudad atrasada e interior es ofrecida por Kemal como una respuesta moral de la Turquía tradicional y asiática a la cosmopolita, corrompida y decadente Constantinopla.

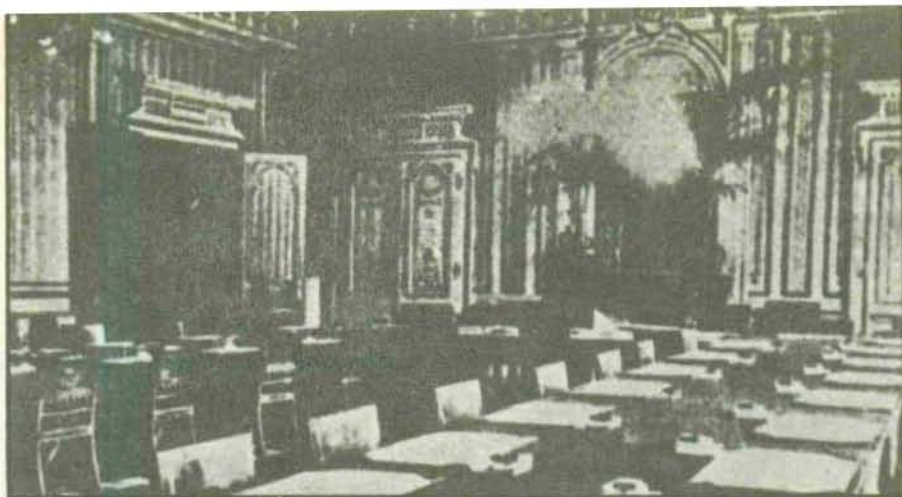
La era de los grandes cambios

La situación económica del país está marcada por el caos. La nueva Turquía tiene demasiada extensión y un gran exceso de población con relación a sus pobres recursos. La riqueza natural es incapaz de desarrollarse debido a la carencia del capital necesario, al tiempo que los inversores extranjeros mantienen posturas de evidente desconfianza ante la situación, que aparece poco clara. El nuevo régimen, además, es opuesto a reproducir la tradicional posición de dependencia del exterior, que había constituido originariamente una de las causas básicas de la eclosión del nacionalismo turco. A esto se añade una paralización casi total de las actividades comerciales y un marcado declive de la artesanía local, que todavía predomina sobre una muy incipiente industria.

Este grave problema estructural vendrá a unirse a las convulsiones étnicas durante todo el mandato de Kemal, y posteriormente hasta hoy. Continuas revueltas campesinas y de minorías raciales afectarán a la vida turca durante decenios. Las reformas de carácter político afectan en realidad a un número muy reducido de personas. La mayor parte de la población, compuesta mayoritariamente por los campesinos anatólicos, continuará marginada y soportando una multiseccular explotación, si bien bastante atenuada. Este pueblo llano, inexistente a la hora de las decisiones, será el destinatario visible de las grandes medidas de reforma que Mustafa Kemal comenzará a poner en práctica dentro de su línea fundamental de modernización del país en todos los órdenes, llevada a cabo en el aspecto de la dirección por una pequeña minoría, extraña en realidad a la naturaleza del pueblo.



Un aspecto actual de la ciudad de Ankara. Cuando fue elegida como centro político de la Turquía que sobrevive al Imperio Otomano era todavía una pequeña aldea cargada de recuerdos históricos.



Por el Tratado de paz de Lausana, firmado en 1923, Turquía recupera territorios en el continente europeo, así como la zona de Esmirna y varias islas, junto con Armenia occidental. En la imagen, sala del casino de Lausana, donde tuvo lugar la ceremonia de la firma del acuerdo.

La tarea de transformación del país es grandiosa e inabarcable. El Derecho religioso islámico es abolido en la Administración, la Justicia y la enseñanza. Con ello, Turquía, a pesar de las presiones y protestas de los sectores más tradicionales, se libra de la pesada carga que la confusión entre Estado y religión había supuesto para el desenvolvimiento de su sociedad. En este orden de cosas, se añade la implantación del matrimonio civil, la abolición de la poligamia y la supresión de las ultraconservadoras hermandades religiosas. Es en esta línea de reformas de costumbres donde se insertan las medidas que, debido a su fuerte impacto externo, han contribuido en mayor medida al conocimiento —siquiera superficial— de la personalidad de Kemal fuera de las fronteras de Turquía. La prohibición del fez y del velo, de uso tradicional, se une al cambio en las fórmulas de saludo. Más que las reformas de fondo, fueron en su momento estos cambios de forma los que despertaron las más vivas protestas entre el pueblo, atrasado hasta niveles inconcebibles, y por ello aferrado a sus antiguas costumbres, que comienzan a ser puestas en

entredicho de la manera más drástica. La vida de los turcos vendrá a ser reglamentada a partir de ahora por los nuevos códigos —Civil y Penal—, prácticamente calcados de los europeos.

En busca de una actualización de la vida turca, Kemal ordena y dirige personalmente la reforma radical del idioma y del lenguaje. El alfabeto árabe es sustituido por el latino, y da comienzo una inten-

sa campaña de alfabetización tendente a erradicar la profunda ignorancia en que largos siglos de dominación despótica había sumido al pueblo turco. A lo largo de muy pocos años, florecerán las escuelas medias y superiores, dentro de un programa educativo que tiene su punto culminante en la creación —en 1936— de la Universidad de Ankara.

Las reformas económicas

En los aspectos comerciales y financieros, es redactado un Código de Comercio, también muy directamente inspirado por el alemán. Se reorganiza el sistema bancario y se crean sociedades cooperativas y bancos agrícolas. El nuevo Estado, de tendencia uniformadora, favorece la



Mustafá Kemal había sido un gran conocedor directo de los amplios territorios pertenecientes al Imperio. En la imagen, vestido de árabe.

creación de monopolios y procura rehuir, en lo posible, la participación de créditos extranjeros. El campo, base fundamental de la economía turca, recibe también efectos de la transformación general. Se suspenden los diezmos pagados por los campesinos y, por vez primera, los habitantes de las ciudades cargan con la parte más pesada de los impuestos. Dentro del reducido espacio que permite una situación económica tan duramente quebrantada, el campo comienza a adoptar nuevos métodos y herramientas de trabajo, abandonando viejos sistemas ya muy superados. Y, a pesar del fracaso de la reforma agraria que se intenta, será el mayoritario e ignorante sector campesino el principal soporte social del régimen de Kemal.

De hecho, es la industria la

sección de la economía más beneficiada por los cambios. Pretendiendo colocar al país a nivel europeo, Kemal insiste en un rápido e intenso fomento de la actividad industrial, que vendrá a unirse a un gran incremento de la política de obras públicas, que reproduce el esquema clásico de toda etapa dictatorial. El sector de la minería, el de los transportes y las comunicaciones, la urbanización... Todos los aspectos de la vida del país se ven afectados por el proceso de modernización, siempre dentro de unas teóricas tradiciones turcas que asimilan los adelantos occidentales sin por ello perder sus valores originarios.

De hecho, tras las primeras —y más trascendentales— etapas del gobierno directo de Kemal, muy pronto quedó demostrada la incapacidad del nuevo régimen para modificar la realidad económica del país. La riqueza existente se mantuvo en manos de sus anteriores poseedores, y si las medidas económicas favorecieron en cierto grado a las clases hasta entonces desposeídas, también es cierto que vinieron a beneficiar infinitamente más a quienes eran dueños de los resortes económicos tradicionales. La misma frustración de la reforma agraria lo demuestra sin lugar a dudas. Al ser suprimidas las comunidades religiosas y confiscados sus bienes, estos pasan teóricamente a disposición del Estado para su inclusión dentro de la reforma agraria. En realidad, muy poco tiempo después, estas grandes extensiones de tierra y propiedades inmuebles urbanas y rurales pertenecían por adquisición a los grandes

propietarios o a los burgueses de las ciudades.

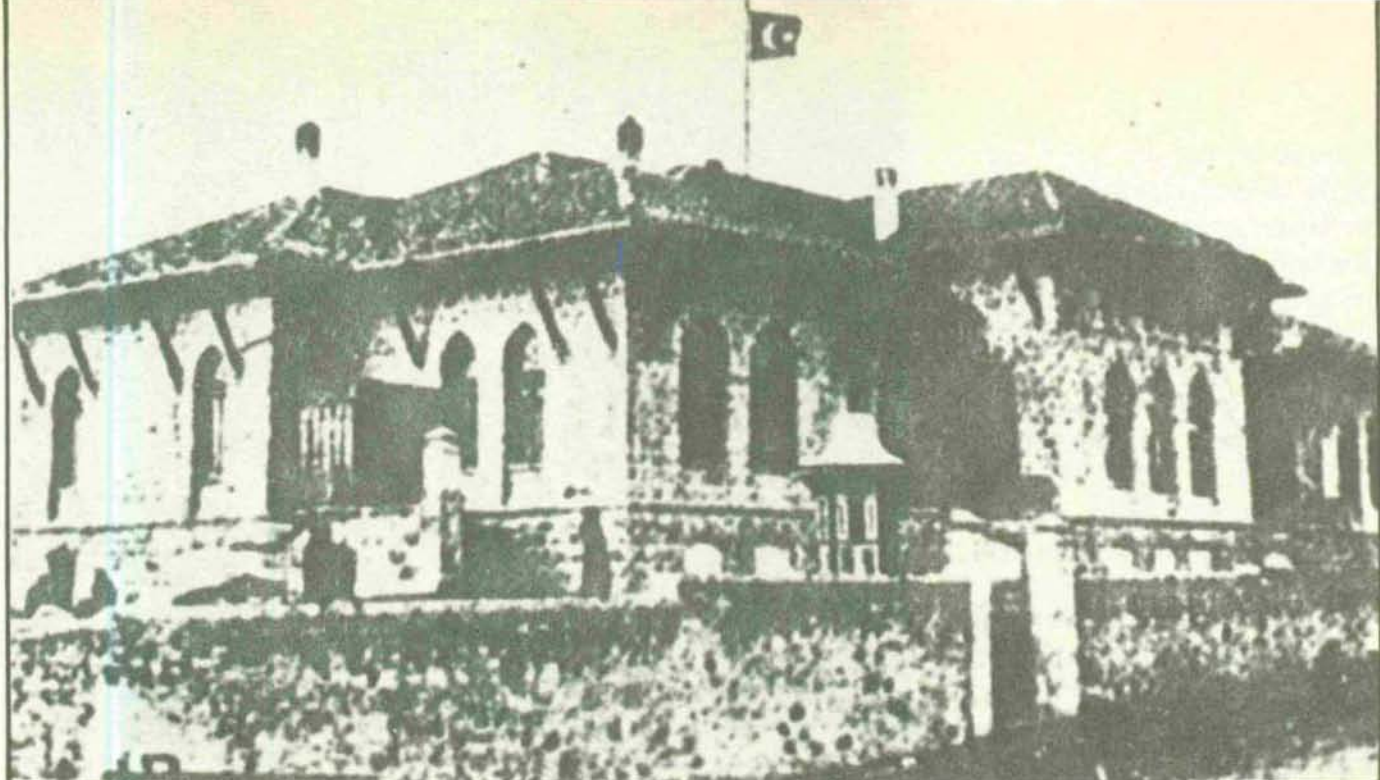
El "Padre de los turcos"

Llegado el año 1930, y creyendo sólidamente establecido el sistema de partido único, Kemal decide llevar a cabo un experimento pseudo-democrático sin ningún antecedente hasta el momento. Las sucesivas crisis sociales y económicas, provocadas por la imposición de las medidas de todo tipo, hacían que todas las críticas adversas se dirigiesen hacia el partido estatal, con el consiguiente descontento de la clase política monopolizadora, poco dispuesta a admitir comentarios adversos a su gestión, en infinitas ocasiones no del todo clara. Por ello, la aparición de otra formación política, teóricamente opositora, pero en realidad totalmente organizada y controlada por el poder, aparece a los ojos de la camarilla gobernante como una buena solución dilatoria de problemas.

En función de esta decisión, Kemal obliga a una serie de altos personajes de su entorno a encabezar un nuevo partido, el **Republicano Liberal**. Pero la insólita experiencia durará muy poco tiempo. La celebración de elecciones y la tímida aparición de una cierta libertad de expresión, que es tolerada de manera oportunista y demagógica, demuestran enseguida la existencia de fuertes sectores contrarios a la política kemalista. Estas zonas críticas proceden tanto de las posturas más cerradamente tradicionales, que consideran



El líder de la nueva Turquía con su esposa, en uno de sus viajes oficiales por el país.



El Palacio de la Asamblea Nacional en Ankara, sede de la Cámara legislativa, cuyas funciones democráticas han conocido repetidos y prolongados períodos de interrupción debidos a sucesivas intervenciones militares en la vida civil.

al régimen como peligrosamente revolucionario, como de los niveles más liberales, para quienes la dictadura personalista con todas sus connotaciones y consecuencias es un hecho condenable por principio. Las iniciales críticas degeneran enseguida en

huelgas y manifestaciones, que son contrarrestadas con gran violencia. Aprovechando la confusión del momento, aparece de nuevo el **Comité de Unión y Progreso**, puesto fuera de la ley por Kemal y que renace como un intento aglutinador de la oposición.

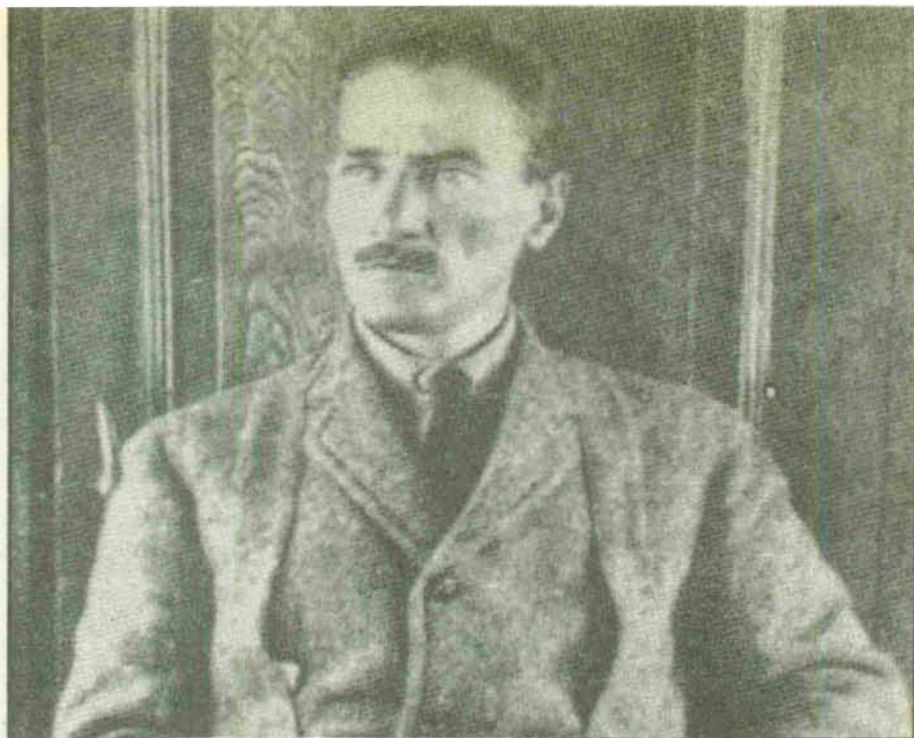
La misma posición de Kemal se debilita ante esta oleada de embates nunca esperada. Y la disolución del nuevo partido, en noviembre de 1930, a los tres meses de su formación, vuelve al país a su anterior situación de general sometimiento. Con ello, la



La imagen de los voluntarios kemalistas en la guerra de liberación pertenece ya a la historia y a la mitología popular del pueblo turco.

afirmación del dictador acerca de la incapacidad del pueblo turco para decidir su política encuentra —para los interesados en hallarla— una base suficiente de credibilidad. La República Turca vuelve de nuevo al sistema de partido único, que mantendrá hasta el año 1945. Las revueltas que estallan en esos momentos en algunas provincias son ahora un motivo a utilizar por el poder para unir al pueblo tras la figura, indiscutida de nuevo, de Kemal. La sangrienta represión ejercida sobre las zonas sublevadas representará, una vez más, el símbolo del interés del jefe del Estado por asegurar una unidad de territorio y de pareceres que en realidad es muy ficticia.

De esta forma, el acto de crear una oposición por decreto viene a demostrar su fácil utilización por parte de quienes idearon la trama. La minoría gobernante, apoyada por los altos intereses, nunca habían tomado demasiado en serio la posibilidad de permi-



Mustafá Kemal, declarado en el año 1935 Padre de los Turcos, dedica los últimos años de su vida al gobierno y reforma de su patria, ejerciendo su poder de forma autoritaria, sin admitir ningún tipo de oposición a sus planteamientos y a su gestión.

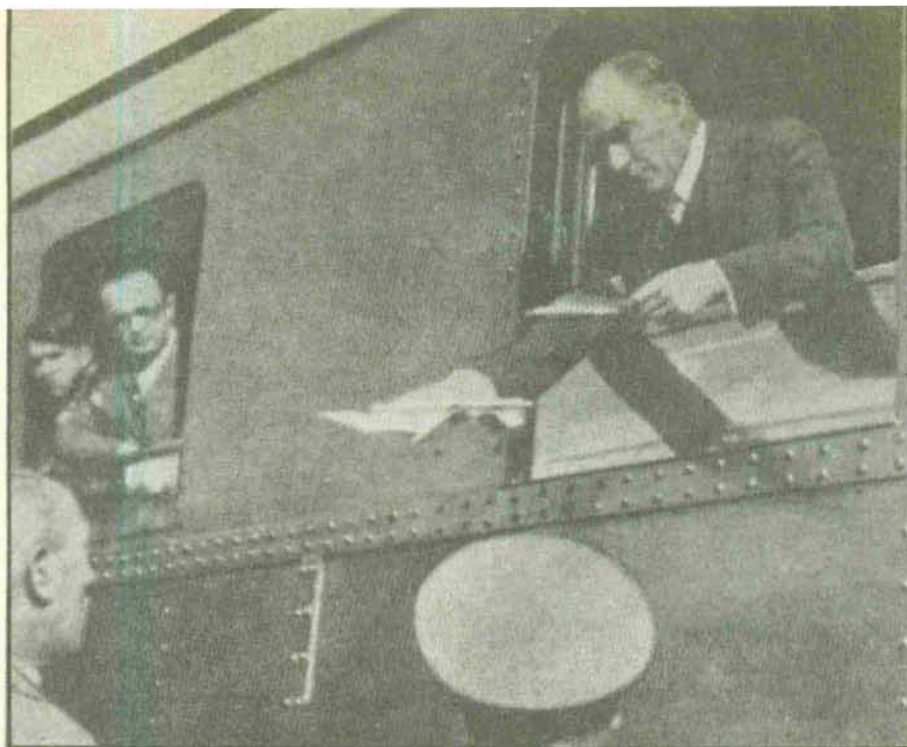
tir al pueblo el acceso directo a los centros de decisión. Por ello, el hundimiento de la experiencia no hace más que reforzar su propia convicción de constituir un grupo con unos privilegios que, a partir de ahora, ya nadie podrá poner en entredicho.

En 1935, dentro de la orden general que obliga a todos los turcos a adoptar un apellido, Mustafá Kemal

toma el de **Atatürk** —Padre de los turcos—, que define de la forma más inequívoca el papel que cree representar en la vida y en la historia de su pueblo, y cuya simbología va mucho más allá que la de los demás títulos con que los dictadores de la época se adornaron. Estos se consideraban **guías, conductores, dirigentes excepcionales; Atatürk** significa algo mucho más amplio:



Estambul representaba para Atatürk el símbolo de la corrupción y decadencia de la Turquía otomana. Nunca amaría a esta ciudad que, sin embargo, fue escenario de su muerte en 1938. En la imagen, el puente de Gálata.



Mustafá Kemal, en otra fotografía tomada durante sus desplazamientos por el interior del país.

es **creador, fundador, fuente de existencia** de su país. Es importante tener esto muy claro a la hora de intentar una clasificación del régimen por él encabezado.

El kemalismo: Un intento de análisis

El denominado **kemalismo**, como forma de organización política en Turquía entre los años 1923 y 1938, ha venido siendo materia de amplia discusión debido a su carácter contradictorio. Su naturaleza la aproxima en muchos puntos a la convencional dictadura que florece en esos momentos en Europa bajo formas diferentes aparentemente, pero muy similares en el fondo. Pero, por otra parte, no carece de acentos importantes que le pueden alejar de esa fácil catalogación.

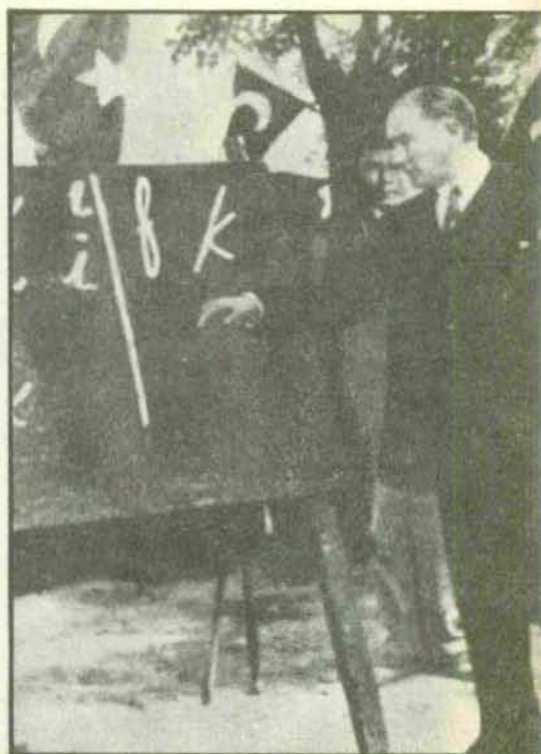
Acerca a Atatürk a muchos dictadores coetáneos una premisa básica: la inexistencia de una ideología previa a la toma del poder. Si bien su pensamiento personal y el de sus iniciales seguidores es-

taba basado en las teorías nacionalistas del siglo XIX, puede afirmarse que el kemalismo, como tal ideología —que hasta hoy informa la vida turca—, nació sobre la marcha, y encontrando en la propia personalidad del líder su más abundante fuente de provisión de pensamiento. Actitud negativa en contra del sistema constituido, pasa a convertirse en base para la ordenación radical de una nueva sociedad una vez conseguido el poder.

En relación con la personalidad de Atatürk, su régimen admite también la calificación ya clásica de **bonapartista**. Con todas las lógicas salvedades, Mustafá Kemal viene a constituir la versión turca del general prestigioso que es capaz de acceder al poder tras una rápida carrera de éxitos militares al servicio de un régimen debilitado. Su reputación y popularidad han ido convirtiéndose en carisma, que tiene su demostración en el momento de derribar —en este caso mediante un golpe de fuerza prolongado en guerra— al régimen al

que había servido hasta ese momento. La toma efectiva del poder vendrá, por supuesto, una vez ha aglutinado en torno a sí suficientes actitudes de descontento, tanto por parte de mentalidades liberales, que buscan una salida a un sistema opresivo, como por los sectores más beneficiados económica y socialmente, que prefieren salvaguardar sus intereses dentro de un cambio controlado, adelantándose a posibles situaciones en las que perderían toda posibilidad de actuación efectiva.

El régimen de Atatürk encaja perfectamente dentro de este esquema, que le acerca, pese a ciertas veleidades socializantes, a las dictaduras de su momento histórico. La misma existencia de una camarilla corrupta situada alrededor del jefe; la intervención



La implantación obligatoria del alfabeto occidental fue uno de los mayores intereses del dictador. El mismo, en ocasiones, se acercaba a enseñar la nueva escritura a los campesinos anatólios, soporte social del régimen por él encabezado.



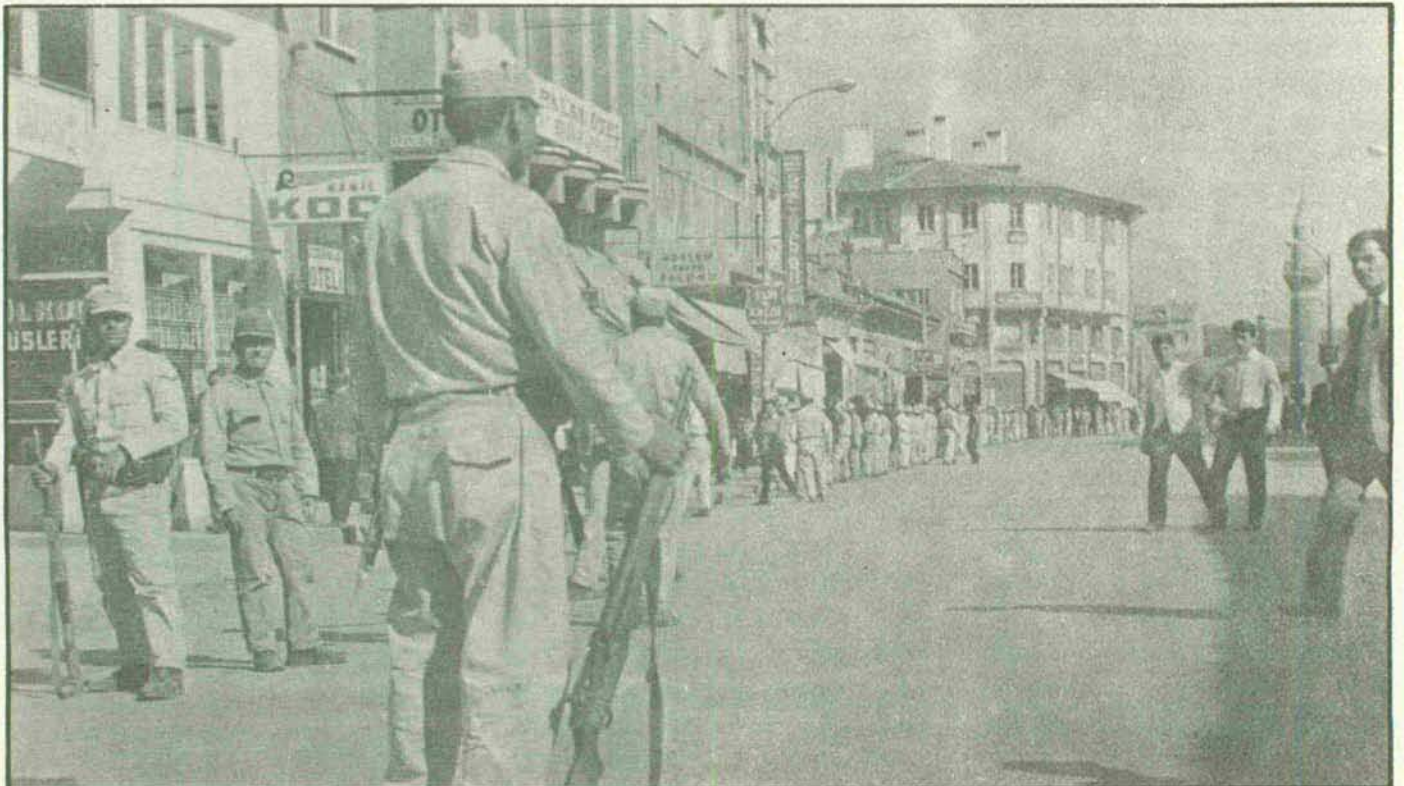
Ismet Inonu, segundo presidente de la República Turca tras la muerte de Atatürk. Su activa presencia en la vida política de Turquía cesará solamente con su muerte en 1969. En la imagen, rodeado por militares, verdaderos detentadores del poder en el país desde hace más de cuatro décadas.

en pie de igualdad a los demás Estados que todavía se rigen por el tambaleante liberalismo de ese periodo de entreguerras.

El autoritarismo implantado por Kemal no puede calificarse plenamente de fascista. No existían en la Turquía de 1919 las clases medias atomizadas por un hipotético avance comunista que, en los demás países de Europa, sirvieron como soporte fundamental al ascenso de los movimientos reaccionarios de signo fascitizante. Es más, el régimen de Kemal bajo su mando primero, y más tarde en su prolongación hasta hoy, ha creado en Turquía unas clases medias previamente inexistentes y que, por el momento, debido a la fragilidad de las estructuras, no han podido ejercer el papel de moderadoras de la vida nacional. Y a pesar de la oposición tradicional y campesina,

estatal en la economía; la relación directa del **Padre** con su pueblo, al que sin embargo ningún lazo afectivo le une; en relación con esto, la preocupación demagógica en interés de esa población, a la que por otra parte se mantiene totalmente apartada del protagonismo político; el fomento de la industria y las grandes

obras públicas, que se pretende sean elementos de prestigio para un sistema que teme no ver reconocida plenamente su legitimidad, y, finalmente, otro rasgo genérico, pero no general en este tipo de regímenes de fuerza: la preocupación por dotar al sistema de una fachada democratizante, que le permita dirigirse



El Ejército, siempre presente en la vida de Turquía, bajo la forma de golpes de Estado o ejerciendo un papel vigilante sobre la clase política en los breves periodos en que es permitido un aparente juego democrático. En la fotografía, un grupo de soldados estacionado en una pequeña ciudad de provincia.

tantas veces expresada en contra de Atatürk, será en el seno de esas clases medias urbanas de nuevo cuño donde, dentro de la década de los treinta, comience a tomar cuerpo la oposición al régimen, que, sin embargo, se sostiene sin muchas dificultades debido al apoyo, nunca puesto en duda, del Ejército y de la minoría poseedora de los más vastos intereses económicos, que los ve aumentados bajo un gobierno duro e intolerante.

La herencia de Atatürk

Muere Mustafá Kemal, en Estambul, el día 10 de noviembre de 1938. Debido a un carácter violento y colérico, tornadizo y orgulloso, llevó durante toda su existencia una vida desordenada a todos los niveles. La causa inmediata de su muerte será una cirrosis hepática producida por un alto grado de alcoholismo. El pueblo llora sinceramente y se considera huérfano al no contar con su presencia. Su primer ministro, Ismet Inonu, ocupa la cabeza del Estado. Todo el aparato del sistema se mantiene intacto durante años, incluso en las difíciles circunstancias de la Segunda Guerra, ante la que Turquía se mantiene neutral.

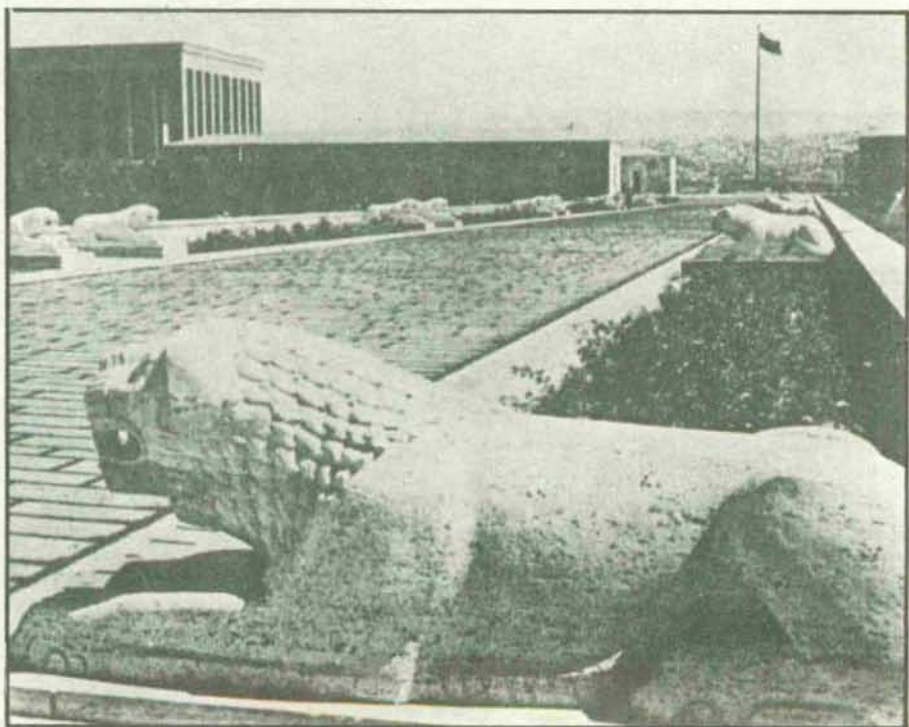
Hoy, contrariamente a los casos de diferentes dictadores de este siglo, en Turquía queda de Atatürk mucho más que su cuerpo, depositado en un frío y majestuoso mausoleo construido sobre las alturas de la ciudad de Ankara. Su espíritu sigue siendo válido, y siempre invocado, por

los gobernantes turcos, sea cual sea su signo político o las circunstancias de su acceso al poder. Con posterioridad a su muerte, ha conseguido su objetivo primordial: ser la figura de referencia para todo su pueblo. Las transformaciones materiales han venido a cambiar la faz del país, que, no obstante, se encuentra todavía muy lejos de poder considerarse plenamente moderno y desarrollado. La secular tradición turca que une miseria general y corrupción de una minoría se ha suavizado notablemente, pero no ha desaparecido en absoluto.

El sistema de partidos turcos a la manera occidental ha caído en repetidas ocasiones bajo la reacción militar, que periódicamente toma el poder en nombre de los principios del kemalismo supuestamente en peligro. En el mes de septiembre de 1980, los militares vuelven de nuevo al gobierno tras suspender y prohibir los usos democráti-

cos. Una prolongada etapa caracterizada por la violencia de diferentes signos había precedido a la decisión del Ejército. Turquía sigue siendo plenamente "el enfermo de Europa", pero su posición estratégica es demasiado importante en unos momentos en que la tensión mundial vuelve a marcar el clima general.

En este año, cuando se cumple el centenario del nacimiento del artífice de la Turquía actual, el país se encuentra inmerso en una situación interna de problemática solución, ya que por experiencias anteriores se ha demostrado sobradamente la debilidad e ineficacia de los remedios aportados por las sucesivas etapas de suspensión de la vida democrática. Las profundas reformas que precisan las estructuras sociales y económicas de Turquía deben ser llevadas a cabo hoy mediante el acuerdo y no por medio de la imposición indiscutida. ■ J. M. S. M.



El frío y majestuoso mausoleo de Mustafá Kemal Atatürk preside como un símbolo vivo el desarrollo histórico de una Turquía a la que él dio nacimiento.